

La bandera "del San Blas", más tarde fué donada al Colegio Militar por el señor don Agustín del Río, siendo Presidente del Ayuntamiento de la Ciudad de México y cuando desempeñó el puesto de go bernador del Distrito Federal don Tiburcio Montiel, se dispuso que una calle transversal entre Tacuba y Donceles llevara el nombre del héroe de Chapultepec.

La generalidad de las personas, creen que ese nombre recuerda al Tlacochácatl Tlaxcalteca, adversario tenaz e indomable de los conquistadores.

Del coronel Xicoténcatl nadie se volvió a acordar. Allá en Santa Paula en una modesta fosa permanecían aquellos restos olvidados y expuestos a pasar cualquier día a la fosa común.

Así llegamos al año de 1879 en que el Ayuntamiento de la Ciudad de México dispuso la clausura del viejo panteón y por medio de avisos prevenía cómo debería hacerse el desalojamiento de los restos.

Debido al señor don Marciano Bárcena, Director del Observatorio Meteorológico Central, se salvaron los restos del coronel Xicoténcatl de ir a la fosa común, al clausurarse el panteón de Santa Paula el año de 1879. En carta que me fué obsequiada y que dirigió el señor Bárcena al ilustre general don Jesús Lalanne le decía lo siguiente.

"Según recuerdo, mi tía la señora viuda del general Xicoténcatl me dijo que en ese panteón estaba sepultado aquel héroe, y como ya no existen sus deudos, creo que sería conveniente que el Ministerio de la Guerra investigara si existen allí los restos de aquel coronel y les diese honrosa sepultura en otro panteón, pues el de Santa Paula dejará de serlo."

El general Lalanne hizo la gestión debida y la Secretaría de Guerra trasladó los restos al panteón de San Fernando, que fueron a ocupar el nicho número 18, el 23 de septiembre de 1879 y de allí pasados a perpetuidad al nicho número 760. La importante obra del estudioso ingeniero Galindo y Villa corrobora esta última parte de mi aserto.

Sin honores, sin el sonar bélico de las cornetas y de las cajas de guerra, así vino aquel héroe a ocupar ese nicho modestísimo, como una de tantas comprobaciones de nuestra atávica ingratitude y del olvido injusto, para los que ayer supieron dar un

alto ejemplo de amor patrio, distinguiéndose entre la masa ignorante y antipatriótica y entre tantos oficiales generales y superiores que estuvieron muy lejos de cumplir con su deber, como soldados y como mexicanos.

El lugar de las hazañas del coronel Xicoténcatl pocos lo conocen y menos aún lo rememoran . . . Donde se extendió su batallón en formidable línea de combate, hasta ser sacrificado casi en totalidad está desfigurado; las rocas del cerro no muestran placa alguna que hable de aquellos ínclitos, de aquellos infantes que se inmortalizaron y el monumento histórico a donde por su orden se retiró el abanderado para salvar la enseña de San Blas y donde él lanzó el último aliento siempre de patriotismo y de deber, desapareció para siempre.

Ya solo un verde tepozán señala ese sitio gloriosamente histórico, donde la nación ya que no supo respetar la capilla donde pleno de honor murió el jefe que salvaba su bandera, más o menos tarde, al saber reconstruir los episodios grandes de nuestra historia militar, deberá levantar en bronce el monumento a que es acreedor el héroe de la batalla de Chapultepec.

Quedan allá, entre los derruidos muros de la necrópolis de San Fernando, muchos de los más culminantes patriotas de la lucha del 1846 al 1848: al Sur en el nicho 401, reposan los restos del general don José Joaquín de Herrera, el Presidente eminentemente honrado y ejemplar por su patriotismo. Fue el que hizo toda clase de esfuerzos para evitar una guerra tan funesta. En un modesto nicho del cuadrante S. E. se guardan los despojos mortales del ilustre general don Lino Alcorta, el Ministro de Guerra en los días tremendos del ataque a los alrededores de la Capital.

En la planta Norte, en el nicho 623 una placa nos habla del coronel don Juan J. Holtzinger, el teniente heroico aquel que con el niño de 15 años Francisco A. Vélez, a quien conocimos hace muchos años como Comandante Militar de México, por tres veces, allá en el fuerte de Santa Bárbara en la heroica Veracruz, levantaron el mástil e izaron la bandera nacional, por tres veces abatida por los metrallazos del invasor y casi sin quien lo sepa, en el nicho 152, olvidado el lugar donde están los restos del pcaítán don Domingo Alvarado, quien por ausencia del Director

del Colegio Militar, mandó las compañías de alumnos, durante el asalto al Castillo inmortal.

La nota N^o 19 en el Libro de Registro de la Rotonda de los Hombres Ilustres nos señala el lugar de descanso de los restos del honrado y patriota licenciado don Manuel de la Peña y Peña a quien principalmente con sus consejos y con su decisión se debió la terminación de la guerra.

Se le criticó por los opositores—los que deseaban la continuación de la guerra,— una decisión que fué aprobada por el Congreso de la República, consiguiendo que el invasor abandonara mucho de lo que ya tenía ocupado. Los tratados de Guadalupe, no los originó el Presidente Peña y Peña los que entre paréntesis, deben reputarse como los salvadores de una peor situación para la patria, se debieron exclusivamente a nuestra despreciable y vergonzosa defensa militar, determinante, indiscutiblemente, de la ignominiosa paz que nos vimos obligados a pactar en 1848.

Cuando adquirí devoción patriótica por el héroe de la batalla del 13 de septiembre, procurando datos que sirvan más tarde, cuando se conceda el derecho a las Asociaciones de Historia para determinar justicieramente al mérito que debe exigirse, para que los muertos puedan entrar al santuario de los grandes hombres o de los hombres ilustres; cuando después de una larga búsqueda pude saber donde se encontraban sus restos y conseguí del Ayuntamiento de México, la ratificación del número del nicho en el Panteón de San Fernando.

Se abrió el nicho y en una pequeña caja se encontró el esqueleto completo del que fuera comandante del batallón de San Blas. En el fondo del nicho como haciendo guardia macabra, se encontraron dos calaveras que ofrecieron desde luego llevar a otro sitio; restos de otros que antes ocuparon aquel sitio luctuoso y quizás de alguien que hizo bien a su patria. Nos opusimos a que se tocaran aquellas calaveras y anónimas para la historia, quedan allí refugiadas en el nicho de uno de nuestros héroes grandes.

Al platicar sobre estos hechos con el culto ingeniero don Patricio Oropeza, viejo amigo desde la Preparatoria, gentilmente ofreció obsequiar una lápida de bronce, cediéndola a la Bene-

mérita Asociación del Colegio Militar, para ser colocada en el nicho anónimo. El hecho se realizó y desde ese día el nicho aquel, que burdamente conservaba por cubierta un encalado barato sin inscripción alguna, nos habla del héroe que supo salvar la bandera y que señala una enseñanza de honor y de deber, del más alto de los deberes; la misión de sacrificio, llevada a cabo, cuando los jefes tenían ya la convicción profunda, de la inaudita torpeza del mando mexicano,

Desenterrar héroes no deja nada, ni tiene el menor valor en una época en que poco se estiman los valores morales. Amargamente lo rememoro porque esta aserción, es una verdad concluyente. En un país en que se necesitó que pasaran cien años para que se levante un monumento digno a los héroes de la Independencia Nacional, y en que fué necesario el transcurso de setenta para perpetuar en mármol la epopeya de los alumnos héroes, no saldremos ciertamente bien librados como justicieros y como patriotas; no podemos hablar muy alto del reconocimiento debido a nuestros héroes.

LA BANDERA

Y la bandera del batallón aquella que flameaba venerada en el Bosque legendario el 8 de septiembre de cada año, conducida por los cadetes tradicionales; aquella enseña hecha jirones, desteñida y manchada de sangre; en años posteriores, sin piedad y cometiendo un gran atentado se le paseaba por las calles de la Capital y alguna vez con cualquier motivo bajo una copiosa lluvia.

En 1923 la Presidencia de la República autorizó que los antiguos militares la llevaran a la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento dedicado a la epopeya de los alumnos héroes.

El secretario del Museo expuso como razón justa, que desde luego se tomó en cuenta, para que no se cumpliera la orden, que a pesar de todos los cuidados, la bandera se estaba deshaciendo. La comisión convino en que hubiera sido un verdadero sacrilegio mover la histórica insignia.

Una cuidadosa renovación por manos expertas, para ser colocadas las tiras, sobre un lienzo fino, podrían hacer quizás que la inmortal enseña volviera a flamear sobre el asta a que tiene derecho. El Museo certificó que esa bandera es la auténtica y fué la que sirvió como envoltura mortuoria al cadáver del coronel Xicoténcatl.

En una vitrina cuidadosamente guardada entre media docena de banderas americanas, perfectamente conservadas, la deshecha enseña sagrada del histórico batallón de San Blas, espera que se le lleve a un lugar de honor.

Y PARA LOS ADVERSARIOS.....

La mano de amigo y el respeto profundo para sus héroes y para sus hechos meritorios.

El hombre culto, el hombre de actualidad, no debe conceder abrigo a miserias y rencores, ni conservar odios contra sus adversarios de ayer; debe darles la mano francamente, sinceramente, para marchar unidos por los nuevos derroteros que les señala la civilización.

El agrupamiento que rinda homenajes a sus mexicanos héroes también debe colocar una palma de inmortales y de recuerdo en las tumbas del coronel Ramson, del teniente coronel Baxter y de tantos otros que murieron cumpliendo estrictamente con su deber militar en las de los entonces tenientes Ulises S. Grant y Abraham B. Lincoln que combatieron en Chapultepec y muchos años después ocuparon la primera Magistratura de la Gran Unión Norte Americana. El general Grant, al visitar México, ya como su franco amigo, uno de sus primeros cuidados fué llevar una corona al monumento de los jóvenes alumnos del Colegio Militar, muertos el 13 de septiembre.

Ya el nicho que ocupan los restos del coronel Xicoténcatl, hasta ha poco destartado y sin señal alguna, ostenta la debida lápida.

Es un deber del mexicano, si quiere seguirse llamando mexicano, conservar las tradiciones históricas y el culto de sus héroes, ya que no hay que dudarlo, forman uno de los principios que descansa el alma nacional. Hay que mantener el lazo de la solidaridad, con la veneración a los héroes y solo así podremos presentarnos en adelante, arriba de lo bochornoso que nos exhibe la campaña de 1846-48.

El coronel Xicoténcatl, es un alto ejemplo de buen mexicano.

Supo practicar intensamente la virtud del patriotismo, que es la que debe estar muy por encima de todas las otras cultivadas por los ciudadanos de la República y el batallón de San Blas, el más grande timbre de gloria de la Infantería Mexicana.

En el interior del territorio se puede seguir hablando en
 el mismo idioma que en las costas y en el resto de las islas.
 Pero ya que no hay una lengua común a todas las islas
 que forman el grupo nacional, he querido reunir el texto de la
 presente con la versión a las islas y seguir hablando
 presentando en adelante, según de lo acordado, que no se
 debe de cambiar de 1816-17.

El idioma que se habla en un sitio de las islas
 es el mismo que se habla en el resto de las islas.
 Es la que debe estar para todas las islas.
 Las que son diferentes de la lengua y el dialecto de las islas
 el más grande número de ellas de las islas.